



Revista Clínica Española

www.elsevier.es/rce



ARTÍCULO ESPECIAL

Cuando el arte duele pero salva. Los casos de Modigliani, Matisse, Portinari y Rebecca Horn

J. Montes-Santiago*

Servicio de Medicina Interna, Complejo Hospitalario Universitario, Vigo, España

Recibido el 15 de septiembre de 2012; aceptado el 9 de diciembre de 2012

Disponible en Internet el 24 de febrero de 2013

PALABRAS CLAVE

Enfermedades profesionales;
Grandes artistas;
Dolencias de los genios

KEYWORDS

Professional diseases;
Great artists;
Ailments of the geniuses

Resumen Se analizan los datos patobiográficos de 4 geniales artistas del siglo xx —Modigliani, Matisse, Portinari y Rebeca Horn— que vieron truncadas sus carreras artísticas en algún momento debido a enfermedades profesionales ocasionadas por los materiales que utilizaban. En el caso de Matisse, por manipulación debido a su propio temperamento de las cicatrices de una intervención quirúrgica. Sin embargo, lucharon contra tal contratiempo y su superación les permitió hallar nuevas vías de expresión artística para encauzar su creatividad.

© 2013 Elsevier España, S.L. Todos los derechos reservados.

When art hurts but it saves. The cases of Modigliani, Matisse, Portinari and Rebecca Horn

Abstract The patobiographic data of 4 great xx century artists —Modigliani, Matisse, Portinari and Rebecca Horn— are reviewed. Their artistic careers were cut short at some moment due to the professional diseases they suffered in relation with the materials used in their works. In the case of Matisse, this was due to his own temperament by manipulation of the scars from surgery. However, they fought against such impediments and when they overcame them, they were able to find new ways of artistic expression to channel their creativity.

© 2013 Elsevier España, S.L. All rights reserved.

Introducción

«El mundo dolorido me besa el alma y quiere luego que le devuelva su dolor en canciones» (Rabindranath Tagore, *Aforismos*, 167). Tagore escribió la mayor parte de estos

aforismos mientras realizaba la travesía en barco entre la India y Estados Unidos en 1916. Allí, reclamado por este país 3 años después de recibir el Premio Nobel de Literatura, impartió conferencias abogando por el conocimiento mutuo entre las culturas de Oriente y Occidente como medio para llegar al humanismo global y así lograr la concordia entre los pueblos. Tales sentencias breves —unas 325— quedaron recogidas en el libro *Pájaros perdidos* que consolidó su fama mundial, y también en España, gracias a las ediciones de Juan Ramón Jiménez y su esposa Zenobia Camprubí¹.

* Autor para correspondencia.

Correo electrónico: julio.montes.santiago@sergas.es

Sin embargo, tan aparentemente serenos aforismos fueron engendrados tras violentos sufrimientos morales. Efectivamente, tras la publicación de su obra *La casa y el mundo* en 1914 el autor fue acusado, desde dentro y fuera de su país, de inmoral y antipatriota. Tan encarnizados fueron los ataques, que le llevaron a ponderar seriamente la idea de retirarse del mundo y seguir una vida solitaria como asceta¹.

Pues bien, esta circunstancia en un artista –Tagore fue poeta, dramaturgo, músico, pintor, filósofo, pedagogo... – es característica también de la peripecia vital de otros grandes autores. En algún momento su existencia fue acrisolada por ciertas dolencias mentales o físicas, que debieron ser asimiladas y superadas para transmitir su legado creador. Gustav Mahler, quien sufrió la angustia por el temor a perder a su esposa, Alma, que le llevó a consultar al mismo Sigmund Freud, y padeció la consunción debida a una endocarditis bacteriana², lo expresó así: «El arte creador y la experiencia real son una misma cosa, aunque siempre queda un poco de misterio, también para el creador»³. Quizá por tal unión entre la vida y el arte es por lo que aun nos conmueve esa obra maestra del cine como es *La muerte en Venecia*. En ella Visconti traspone en bellísimos planos la parábola de la novela de Thomas Mann –la decadencia y muerte de un compositor– mientras suenan de fondo las nostálgicas notas de la 4.ª Sinfonía de Mahler.

El objeto del presente trabajo es describir cómo ciertos artistas plásticos abordaron y sublimaron –en un sentido freudiano de superación– las limitaciones impuestas en sus vidas por los instrumentos directamente relacionados con sus actos creadores. En este sentido fueron enfermedades profesionales que, incidiendo sobre sus existencias, no anularon el genio, sino que lo modularon. Ello les permitió alumbrar innovadoras experiencias, las cuales conformaron su arte de manera indeleble y reconocible.

Patobiografías

Amedeo Modigliani (1884-1920)⁴⁻⁷. Nacido en la Toscana italiana (Livorno), en una familia de comerciantes judíos de inquietudes intelectuales, pues su madre era escritora y su abuelo le inició en la literatura. A los 14 años presentó un tifus, en cuyo delirio febril decide dedicar su vida al arte, y comenzó con clases de pintura. A los 16, sufre una pleuritis tuberculosa y durante la convalecencia viaja por Nápoles y Roma, se reafirma en su convicción de artista y recibe clases de pintura en Florencia y Venecia. En 1906 se desplaza a París donde coincide con una pléyade de artistas geniales: Max Jacob y Cocteau, escritores; Brancusi y Epstein, escultores; Utrillo, Soutine, Rivera, pintores; y sobre todo, Picasso con quien mantendrá una rivalidad artística, revestida de admiración mutua. Al igual que este y numerosos artistas de la época, es influido por el arte africano, descubierto en las galerías de París. A pesar de su delicada salud y abuso de tabaco, hachís y absenta, se sumerge en la bohemia de Montmartre y Montparnasse. En perpetua penuria, conservará, sin embargo, hasta el final de su vida fama de dandi y seductor. Sobrevivirá gracias a mecenas como el médico Paul Alexandre y los marchantes Guillaume y Zborowski. En 1911 inicia las esculturas inspiradas en las Cariátides. Su inicio en este medio se realiza en el taller de uno de sus grandes maestros y amigos, Brancusi. De él admirará su

simbiosis entre modernidad y clasicismo. Durante 5 años se dedica exclusivamente a la escultura, pero el polvo que desprende la piedra tallada agrava su salud ya deteriorada por la afección respiratoria tuberculosa y decide reemplazar definitivamente la escultura por la pintura. En 1917 se relaciona con Jeanne Hebuterne, de 17 años, a la que pintará casi a diario en unos famosos *Desnudos*. Ese año es clausurada su primera exposición individual debido al escándalo ocasionado por tales cuadros. En 1918, enfermo, se traslada a Niza, donde nace su hija Jeanne, que es ingresada en un orfanato a causa de su miseria. En 1920 regresa a París, e ingresa en La Charité, donde fallece a los 35 años por una meningitis tuberculosa. Jeanne, embarazada de 9 meses, se suicida al día siguiente. Una gran multitud acompaña su entierro en el Père Lachaise. Paradójicamente, para un artista que jamás salió de la pobreza, a su muerte se revaloriza su nombre y hace escasos años un *Retrato* de Jeanne llega a subastarse en más de 31 millones de dólares.

Henri Matisse (1869-1954)^{7,8}. Nacido en Le Cateau-Cambresis, en el norte de Francia. Estudia Derecho en París y ejerce un tiempo como pasante. A los 19 años sufre una apendicitis en cuya lenta recuperación de cerca de un año comienza a pintar para distraerse. Abandona la jurisprudencia y asiste a clases de pintura aprendiendo, entre otros, de Moreau y Derain. Entabla amistad con pintores como Rouault, Vlaminck o Pissarro. A partir de 1896 realiza exposiciones, entre ellas el *Salon des Independants*, en 1901. Descubre y queda deslumbrado por la temática y técnica de los impresionistas. En 1905 pasa el verano en Colliure, junto a Derain, y producto de esta estancia expone en el *Salón de Otoño* varias obras, con técnicas neoimpresionistas de vivo colorido, bautizadas por los críticos como *fauves*. A partir de dicho periodo cimenta su fama y es requerido desde múltiples lugares, entre otros Rusia, y el magnate Schtschukin le encarga la célebre *Danza*. Ya reconocido, en años siguientes viaja por España (Sevilla y Granada) y Marruecos (1911), incorporando desde entonces a sus cuadros gran colorido y luminosidad. Viaja y expone en múltiples lugares (Berlín, Nueva York, Venecia, Londres, Moscú...), entre otros con Picasso. En 1922 comienza su conocida serie de *Odaliscas*. En 1941 es intervenido en Lyon de un cáncer de colon, por el famoso cirujano Dr. Leriche. El posoperatorio transcurre de forma muy tormentosa y le sobreviene una embolia pulmonar³. Además, se complica la herida quirúrgica en parte por su manipulación por el paciente y por la negación obstinada al cambio de vendas. Ello ocasiona la debilidad crónica de la pared abdominal. Como resultado queda muy agotado, debe guardar reposo prolongado y desplazarse en silla de ruedas. Aunque ya los había utilizado años antes, es en esta época cuando perfecciona la técnica de los papeles recortados que utiliza en los collages para el libro *Jazz*. Ante ellos, Andy Warhol exclamaría: «Quiero ser el nuevo Matisse». En 1944 su mujer e hija son detenidas por colaborar con la Resistencia. A partir de 1946 trabaja en diseños para tapices, ilustra libros e inicia en 1948 –a petición de su antigua enfermera Monique Bourgeois, que había profesado en las Dominicas– la que sería su postrer gran obra: la *Capilla del Rosario de Venecia*. En 1950 se le otorga el Premio de la Bienal de Venecia. A partir de 1951 se agrava su bronquitis crónica y sufre episodios de ágora. En 1952, 2 años antes de su muerte, realiza los conocidos recortes que constituyen los *Desnudos azules*.

*Cândido Portinari (1903-1962)*⁹. Artista brasileño cuyas obras más conocidas son los grandiosos murales *Guerra y Paz* (1953-1957), en la sede neoyorquina de la ONU. Hijo de emigrantes italianos y nacido en una plantación de café, sus murales y obras más reputadas (*Café, Mestizo*) reflejarán las clases más populares de su país y sus crudas condiciones de vida (negros, mulatos, emigrantes...). En 1918 ingresa en la Escuela de Bellas Artes de Río de Janeiro. Una beca le sirve en 1928 para viajar por Inglaterra, Italia, España y París. A su regreso, desde 1936 hasta 1945, pinta frescos para el Ministerio de Educación brasileño. En 1942, tras una exitosa exposición en Nueva York, realiza los 4 frescos sobre la colonización latinoamericana para la Biblioteca del Congreso en Washington (*El descubrimiento de la tierra, Entrada en el bosque, Educación de los indios y Minería del oro*). En 1944 realiza los frescos y mosaicos para la iglesia de Oscar Niemeyer, en la localidad brasileña de Pampulha. En 1950 participa en la Bienal de Venecia. En 1953, ya con las primeras manifestaciones de su saturnismo, realiza los 2 murales de *La Paz y la Guerra*, en el Palacio de Naciones Unidas de Nueva York. Se le diagnostica saturnismo 8 años antes de su muerte, en relación con los pigmentos empleados. Esto le ocasionó importantes dolores cólicos y hemorragias digestivas y la hospitalización en 1954, con posteriores recaídas. Aunque intentó la recuperación utilizando otro tipo de materiales y técnicas, finalmente, y en contra de las advertencias médicas reiteradas, retomó los pigmentos de plomo y durante sus 2 últimos años recidivaron los dolores abdominales y hemorragias digestivas que determinaron caquexia y su prematura muerte con 58 años. En ese momento preparaba una exposición, finalmente póstuma, para el Palacio Real de Milán.

Rebecca Horn (n. 1944)^{10,11}. Nacida en Michelsstadt (Alemania). Entre 1964-1970 estudió Arte en la Academia de Hamburgo. En 1968 contrajo una enfermedad pulmonar causada por las emanaciones tóxicas de la fibra de vidrio y resinas de poliéster que utilizaba para esculpir (p. ej., su escultura *Trompa*), por lo que tuvo que renunciar definitivamente a tales materiales y pasó cerca de 7 meses en un aislamiento casi total. Todo ello motivará que experimente con otros materiales no tóxicos como las plumas, desarrolle su interés por el cine, y su temática de interés se desplace sobre asuntos como la fragilidad, el aislamiento, el temor a enfermar y morir, etc. En esta indagación recurrirá frecuentemente a su propio cuerpo como «lienzo» expresivo. En estos temas se rastrean influencias de Kafka, Buñuel o Pasolini. La obra más conocida de sus primeros años es *Unicornio* (1971), en la cual una chica desnuda camina al alba entre trigales, con un largo cono de madera en la cabeza. En 1972 participa en la prestigiosa exposición *Documenta* de Kassel. Son luego características sus *Máscaras de lápiz*, en las que cubre su propio rostro con una máscara de la que surgen, amenazadores cual púas de un erizo, diversos lápices de colores. El reconocimiento internacional le llega con sus peculiares «máquinas», descritas por ella como «actores melancólicos actuando en soledad»¹¹ y por películas como *La habitación de Buster* (referida a su admirado cineasta Buster Keaton) y protagonizada por Donald Sutherland (1990). En 1973 se asienta en Berlín, que alterna con París, y realiza su primera película *Ejercicios en Berlín: soñando bajo el agua*, que obtiene el Premio Alemán de la Crítica (1975). Tras ello ha recibido múltiples galardones y realizado

exitosas exposiciones en lugares como los Museos Guggenheim y Modern Art (MOMA) (Nueva York), Tate Gallery (Londres), Centro Pompidou (París) o Museo Stedelijk (Ámsterdam). En el año 2000 fue organizada una importante retrospectiva en el Centro Gallego de Arte Contemporáneo (Santiago de Compostela)¹⁰. En 2011 recibió la Gran Medalla de Artes Plásticas de la Academia de Arquitectura de París.

Discusión

Es obvio que, en el momento actual, un concepto omnipresente en nuestras conversaciones y quehaceres cotidianos es el referido a «crisis», invariablemente asociado a matices negativos. Pero, precisamente por ello, no está de más hacer notar, por ejemplo, cómo el concepto chino para designar «crisis» (*weiji*) se descompone a su vez en 2 elementos: «peligro» (*wei*) y «oportunidad» (*ji*)¹². Y probablemente sea pertinente también recordar unas iluminadoras palabras de Albert Einstein: «...La crisis es la mejor bendición que puede sucederle a personas y países porque la crisis trae progresos. La creatividad nace de la angustia como el día nace de la noche oscura. Es en la crisis que nace la inventiva, los descubrimientos y las grandes estrategias. Quien supera la crisis se supera a sí mismo sin quedar 'superado'»¹³.

Es en este contexto presente, tan teñido de desesperanza, en donde se estima justificada la oportunidad de este estudio. En ocasiones anteriores ha sido abordado el tema de cómo singulares creadores (Leonardo da Vinci, Friedrich, Visconti, Fellini, Lee Krasner...) ¹⁴ pudieron superar procesos tan terribles como el ictus y la depresión asociada, mediante su firme voluntad de transmitir su legado creador. Son también numerosos los ejemplos de creación artística en los que la enfermedad explica de modo casi totalitario la temática y fama alcanzada por el artista. Por no multiplicarlos, pueden citarse aquí como paradigmáticos y muy conocidos los múltiples autorretratos doloridos de Frida Kahlo¹⁵. En los artistas considerados en el presente trabajo, las enfermedades profesionales relacionadas con sus utensilios de trabajo –se trata, en definitiva, de auténticas crisis existenciales–, les obligaron a reinventarse para expresar su creatividad. Aunque la consecuencia del sufrimiento derivado de tal *modus operandi* fue desigual en la vida de los diferentes personajes.

Modigliani supo modificar sus expectativas y su material de trabajo –en este caso, las piedras de sus esculturas– para alumbrar nuevas realidades expresivas en forma de pinturas, en los años finales de su vida. Curiosamente, estas han llegado a constituirse, más que anteriores obras, en su legado más reconocible y celebrado. Es significativo recordar aquí cómo precisamente los inicios de las carreras artísticas de Modigliani y Matisse son similares. Efectivamente, en el comienzo vocacional de ambos se sitúa el padecimiento de graves procesos patológicos. En el caso de Modigliani, una fiebre tifoidea a los 14 años, durante la cual presentó impactantes sueños y visiones, le decidió a supeditar la vida a sus anhelos de artista. Estos fueron muy matizados posteriormente por una larga tuberculosis. En Matisse fue una apendicitis complicada la que puso fin a su carrera como abogado a los 20 años y le derivó hacia los derroteros del arte.

En el caso de Rebecca Horn, y aunque ya decidida su vocación como artista, fue una enfermedad profesional pulmonar al inicio de su vida como autora la que condicionó su retirada de los medios expresivos tradicionales. Eligió, pues, dedicarse a la realización de películas, fotografías, esculturas, instalaciones y *performances*, que han cimentado su fama y determinado su singular universo artístico. En muchas de ellas su propio cuerpo sirve como vehículo expresivo a su lenguaje creador. Quizá nada mejor refleje esta compulsión investigadora de nuevas vías formales que una reflexión escrita a los 49 años (1993): «Esta tos le persiguió durante años. En su proceso de curación de años pasó por muchas fases de desesperación hasta que empezó a concentrarse en sí misma, a proyectar en sus ensoñaciones diurnas un mundo, su mundo nuevo, un mundo interior para poder soportar las coacciones exteriores...»¹⁰.

Aunque no fue estrictamente una enfermedad profesional, parece pertinente abordar aquí el caso de Matisse, porque las limitaciones físicas y la actividad al final de su vida estuvieron íntimamente condicionadas por su peculiar carácter y hábitos de trabajo. Como se mencionó, las complicaciones en el posoperatorio de su cáncer de colon (embolia pulmonar, sobreinfección de la herida por su negativa a las curas, etc.) retrasaron notablemente su recuperación y le ocasionaron un confinamiento prolongado en cama. Tal debilidad extrema le impidió dedicarse a sus tareas previas. Debíó, pues, modificar sus rutinas de trabajo, utilizar una silla de ruedas para desplazarse, recurrir a férulas especiales como ayuda para pintar murales o inventar collages mediante el recorte de papeles multicolores que originaron obras como las series *Jazz* y *Circo*. Estas supusieron la auténtica renovación de los modos de expresión artística. Quizá en tales afanes creativos Matisse tuvo presente lo que él mismo afirmó sobre otro genio, Renoir. En alusión a los últimos años de este, en los que una artritis reumatoide deformante le ocasionó dolorosas hinchazones y deformidades, escribió: «...Y sin embargo, ahora estaba pintando sus mejores cuadros. Mientras su cuerpo se desgastaba, su alma parecía cobrar fuerza y él expresaba sus ideas con una gran facilidad»³. No solo eso, sino que Matisse, convencido del poder benéfico de sus obras, invitó a sus amigos enfermos a colgar sus cuadros alrededor de sus camas³. Estas nuevas rutas abiertas por Matisse se constituyeron en admiración y guías para nuevas generaciones de artistas. Por ejemplo, Andy Warhol. Y la alusión a este puede ser aquí pertinente para mencionar cómo sus problemas dermatológicos crónicos –acné persistente, rinofima, etc.– fueron alguna vez atribuidos por su dermatóloga Karen Burke a la sensibilización por los materiales artísticos utilizados¹⁶. Es bien sabido que tales trastornos condicionaron de forma definitiva su imagen corporal. Aunque, en el asunto de Warhol, ello no supuso el abandono de tales utensilios o cambios radicales en el estilo.

El caso de Cândido Portinari fue trágico, a la postre. Al fin y al cabo, cualquier crisis, con independencia de los esfuerzos realizados, se cobra a menudo valiosas víctimas. A pesar de las advertencias reiteradas destinadas a aliviar los efectos de su saturnismo, decidió persistir en el empleo de materiales tóxicos, aun comprobando que ello ponía en riesgo su vida. Sin embargo, aunque errónea, esta opción fue quizá voluntariamente elegida por el artista como un tributo obligado para cimentar su paso a la inmortalidad.

En resumen, pues, en su denodada lucha por crear, los personajes citados fueron golpeados por la más titánica de las crisis existenciales: aquella derivada del propio lenguaje utilizado para expresar sus ideales creadores. Y alguno de ellos, como Portinari, resultó abatido en la refriega. Nunca resultaron más ciertas aquellas palabras del poeta Rainer María Rilke: «La obra de arte es el resultado de haber estado en peligro, del hecho de haber ido hasta el extremo de una experiencia que ningún hombre puede sobrepasar...»¹⁷. Sin embargo, en conjunto, el mismo arte que les hirió les dio la clave para encontrar un camino de salvación, y también para mostrarlo, mediante su genio creador, al resto de sus semejantes.

Conflicto de intereses

El autor declara que no existen conflictos de intereses.

Bibliografía

1. Tagore R. Obra selecta. En: (Prólogo de Caballero Robredo A, trad.: Zenobia Camprubí de Jiménez). Barcelona: Círculo de Lectores; 1991.
2. Montes Santiago J. La endocarditis estreptocócica de Mahler y Keynes: de la malignidad a la curación. *Med Clin (Barc)*. 2003;12:184–5.
3. Sandblond P. Enfermedad y creación. En: (Trad. Bustamante de Simón A). México: Fondo de Cultura Económica; 1995.
4. Gil Extremera B. Amedeo Modigliani, víctima de la tisis. En: Genio y figura. Enfermedad, historia y proceso creador. Barcelona: Doyma; 1992. p. 116–8.
5. Calvo Serraller F. Modigliani: cuerpos y almas. En: Catálogo de la exposición. Modigliani y su tiempo. Madrid: Fundación Thyssen-Bornemiza; 2008. p. 15–27.
6. Montes Santiago J. Meningitis tuberculosa: un trágico fin para un ángel de rostro triste, Amedeo Modigliani. *Galicía Clin*. 2009;70:32.
7. Essers V. Henri Matisse, maestro del color. En: (Trad.: Lebrero Stals J). Köln: Taschen; 1989.
8. Barará J, Kudielka S, Szymusiak D. Matisse. Biografía. En: Catálogo de la Exposición. Matisse. Los libros ilustrados. Barcelona: Fundació La Caixa; 2004. p. 144–9.
9. Montes Santiago J. Goya, Van Gogh, Portinari. El saturnismo en los pintores a lo largo de tres siglos. *Rev Clin Esp*. 2006;206:30–2.
10. Haenlein C. Time goes by (el tiempo pasa). En: Catálogo de la Exposición. Rebecca Horn. Stuttgart/Santiago de Compostela: IFA/Centro Gallego Arte Contemporáneo; 2000. p. 12–6.
11. Combalía V. Rebecca Horn. En: Amazonas con pincel. Barcelona: Ediciones Destino; 2006, p 291–3.
12. Cheng TS. A preventable epidemic of coronary heart disease in China. *Eur J Cardio Prev Rehab*. 2005;12:1–3.
13. Anónimo. La crisis según Albert Einstein [consultado 15 Sep 2012]. Disponible en: <http://www.ahs.com.uy/LacrisissegunAlbertEinstein.pdf>
14. Montes Santiago J. Arte y riesgo cardiovascular. En: Una galería de cifras y figuras. Madrid: S&H Medical Science; 2010.
15. Kettenmann A. Frida Kahlo. En: (Trad.: Ordóñez-Ley M). Köln: Taschen; 2003.
16. Montes-Santiago J. Crónica de una muerte inesperada: 25 años sin Andy Warhol. *Med Clin (Barc)*. 2012;139:131–4.
17. Pérez-Rincón H. Presentación. En: Sandblond P, editor. Enfermedad y creación. México: Fondo de Cultura Económica; 1995. p. 10–1.